

***Discurso en la reunión ceremonial del Sóviet de Moscú de
Diputados Obreros, Campesinos y Soldados del Ejército Rojo***
León Trotsky
16 de enero de 1922

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Speech. At the Ceremonial Meeting of the Moscow Soviet of Workers’, Peasants’ and Red Army Men’s Deputies, January 16, 1922”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume V: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). 16 de enero de 1922. Del estenograma del Sóviet de Moscú.)

Camaradas, la principal característica de la situación mundial sigue siendo su extraordinaria inestabilidad. Antes de la guerra mundial, diplomáticos, políticos y militares (la mayoría de nosotros no estábamos entre ellos en aquella época) eran capaces de predecir, en líneas generales, el desarrollo de los antagonismos y acuerdos internacionales durante un periodo de tiempo más o menos largo. Existía la Triple Entente y existía la Triple Alianza. Es cierto que, cuando comenzó la guerra, Italia se separó de la Triple Alianza y se unió al otro agrupamiento, pero, sin embargo, en términos generales, los diversos agrupamientos que habían sido elaborados durante muchos años, incluso décadas, por los estados mayores de los estados europeos se mantuvieron durante la propia guerra, ya que Alemania, Austria, Rusia y Francia lucharon contra aquellos contra los que habían pensado hacerlo y se habían preparado para luchar.

Después de la guerra mundial, esta relativa estabilidad y definición de los agrupamientos mundiales y de las relaciones interestatales desapareció, y no ha vuelto. Es cierto que se espera que el equilibrio pueda restablecerse con la ayuda de la Conferencia de Génova¹, pero es poco probable que este equilibrio se restablezca

¹ A finales de diciembre de 1921 se celebran conversaciones entre Lloyd George y Briand sobre las relaciones con la Rusia soviética y las reparaciones alemanas. En una conferencia celebrada en Cannes del 6 al 13 de enero se decidió, por iniciativa de Lloyd George, convocar una conferencia general de paz, para celebrarse en Génova a principios de marzo de 1922, con el fin de resolver los problemas ruso y alemán con la participación de la Rusia soviética y Alemania. Como consecuencia de una crisis ministerial en Italia (la caída del gabinete Bonomi), la Conferencia de Génova fue aplazada, y no se inauguró hasta el 10 de abril. En la primera sesión, el jefe de la delegación soviética, camarada Chicherin, planteó la cuestión del desarme universal, señalando que sólo así podría garantizarse una situación pacífica en Europa. El representante de Francia, Barthou, protestó contra esta medida, afirmando que la Conferencia de Cannes había restringido el ámbito de la Conferencia de Génova a cuestiones de carácter económico y financiero. Por consiguiente, no se acepta la propuesta de la delegación soviética. En cuanto a la cuestión de la restauración de Rusia, los Aliados tomaron como base el Memorandum de Londres de los expertos aliados, en el que se establecía que, como condición previa a la prestación de ayuda económica a Rusia, el gobierno soviético debía reconocer las obligaciones contraídas por los gobiernos anteriores, restaurar la propiedad privada perteneciente a extranjeros e indemnizar a los extranjeros por las pérdidas sufridas. Estas exigencias fueron presentadas a la delegación rusa en la conferencia. En respuesta, la delegación rusa presentó el 15 de abril una contrapropuesta de indemnización por las pérdidas infligidas a Rusia por la intervención aliada. Tras las negociaciones, la delegación rusa aceptó el 24 de abril retirar la demanda de compensación por las pérdidas, a condición de que se alargara el plazo concedido para el pago de las deudas, se pusieran créditos a disposición de Rusia y se reconociera de jure al gobierno soviético. Surgieron diferencias entre los estados de la Entente sobre la cuestión de la restitución de las propiedades de los extranjeros en Rusia. Gran Bretaña e Italia renunciaron a esta exigencia, pero Bélgica insistió especialmente en ella. Francia vaciló, pero finalmente apoyó el punto de vista belga. En la Conferencia de Génova no se llegó a un acuerdo sobre las cuestiones en litigio. Se decidió convocar otra conferencia en La Haya, en la que pudieran celebrarse nuevas

plenamente en las relaciones internacionales, en el sentido en que se solía entender antes de la última guerra imperialista.

El mundo ha perdido su equilibrio. El centro de gravedad de las fuerzas mundiales vaga de un lado a otro y no encuentra dónde asentarse. En la época de las negociaciones de Versalles parecía (no a todo el mundo: a nosotros no nos lo parecía) que el centro del mundo eran Versalles y París, que Francia se había convertido en la dueña de Europa, pues Monsieur Clemenceau presidía Versalles. Nos mantuvimos escépticos al respecto, y se nos dio la razón. Ya en aquella época el dominio de Francia tenía un carácter ficticio y engañaba a los simplones a los que engaña la chabacana brillantez. En realidad, era Gran Bretaña la que entonces dominaba Europa, y a Francia sólo se le permitía hacer lo que Gran Bretaña consideraba compatible con su posición dominante en Europa. Gran Bretaña dominaba los mares y consideraba que tenía derecho a poseer una armada más fuerte que las armadas combinadas de las dos potencias navales que le seguían en rango. Pero, en poco tiempo, este dominio británico demostró tener un carácter limitado.

Después de Versalles fuimos testigos de Washington. Estados Unidos se negó a unirse a la llamada Sociedad de Naciones, que no es más que un manto exteriormente decorativo para la dominación de Gran Bretaña sobre Europa ejercida a través de la falsa dominación político-militar del continente por Francia. Estados Unidos se negó a firmar el Tratado de Versalles y a adherirse a la Sociedad de Naciones. Consciente de la preponderancia de su industria y de sus reservas de oro, Estados Unidos se presentó en Washington para rehacer o terminar lo que, en su opinión, no había sido suficientemente bien y verdaderamente realizado en Versalles. El centro de gravedad del edificio capitalista mundial se trasladó de Versalles a Washington. Washington trató, ante todo, de calmar y pacificar el llamado Océano Pacífico, que, sin embargo, está plagado de grandes tormentas internacionales. Allí se intentó llegar a un acuerdo internacional basado en un desarme internacional gradual. Francia, embriagada por su imaginario poder autocrático, estaba segura de que en Washington podría convertir a su favor el antagonismo mundial entre Gran Bretaña y Estados Unidos y asegurarse así una mayoría para la solución a favor de la cual votaría, reforzando de este modo su dominación.

Briand partió hacia Washington con la esperanza de tener éxito en un juego diplomático que había jugado más de una vez en el parlamento francés. A la propuesta de limitar las fuerzas terrestres, Briand respondió negativamente. Señaló que la paz de Versalles no exigía la reducción sino el refuerzo del armamento de Francia. Y esto es correcto. Francia mantenía con mano armada el sistema de esclavitud, el conjunto de contradicciones y hostilidad despiadada que durante los últimos tres años hemos tenido la costumbre de llamar la paz de Versalles. Cuando se trató de la cuestión del armamento naval y de su posible limitación, la ruptura de la antigua Entente se reveló con toda claridad, incluso para los no iniciados.

Francia calculó mal. Calculó mal en el sentido de que Gran Bretaña resultó ser más realista de lo que cabía esperar. Gran Bretaña también había calculado sus reservas de oro, su armada, sus astilleros, etc., y los había comparado con Estados Unidos. Se dio cuenta de que la libra esterlina, que estaba acostumbrada a ser la reina del mercado monetario mundial, se había visto obligada a dar un gran salto hacia abajo, a una cuarta parte de su valor anterior a la guerra, en comparación con el dólar estadounidense. Y como resultado de sus cálculos, Gran Bretaña aceptó la equiparación de su armada con la de Estados Unidos. Así, tras su lucha contra Alemania por el poder mundial, por la dominación universal, tras su lucha y su victoria, Gran Bretaña ya no es la primera

negociaciones, y se firmó una tregua de cuatro meses entre todos los estados [La “tregua” era un pacto de no agresión basado en el respeto provisional de las fronteras de facto existentes, sin perjuicio de su solución definitiva]. La conferencia se clausuró el 19 de mayo.

potencia naval, como lo era antes de la guerra, y ni siquiera se atreve a contemplar que su armada iguale a las armadas combinadas de las dos siguientes potencias navales más fuertes. En la actualidad, la armada de Estados Unidos aún no iguala a la británica, pero la alcanzará en un futuro próximo.

Francia, sin embargo, se negó a reducir su armada y, en particular, su flota de submarinos. Briand, enfurecido por su fracaso en Washington, definió abiertamente la posición francesa cuando, al salir de Washington, dijo a un periodista francés: “Gran Bretaña quiere conservar sus grandes buques de guerra. Supongamos que los necesita para pescar sardinas en los mares y océanos. Si es así, los franceses queremos tener submarinos para estudiar mejor la vegetación del fondo marino”. Les ruego que recuerden que así hablaba el primer ministro francés de la armada británica. Se trata de las relaciones entre dos aliados muy cercanos, Gran Bretaña y Francia, que se salvaron de nuestra barbarie, dos potencias que se unieron en nombre de los más altos intereses de la civilización. Lean los artículos que se escribieron en vísperas de 1914; aunque esta lectura no será, por supuesto, una tarea demasiado agradable, pues una literatura tan insípidamente hipócrita sólo puede evocar repugnancia. Léanlos para comparar lo que se decía entonces con lo que se dice ahora: “Lucharemos a vuestro lado, pero vosotros poseéis barcos grandes, para pescar sardinas, y ya que es así, entonces adquiriremos barcos pequeños con los que estudiar los fondos de vuestros barcos grandes.”

Una vez terminados los trabajos en Washington, se ha designado un nuevo lugar donde proseguirlos. Se trata de la hermosa Génova, y se supone que allí se encontrará el equilibrio que Europa necesita. Se nos ha invitado a ir allí, y es posible que participemos en los trabajos de la conferencia. Sin embargo, las cosas no son tan sencillas en este asunto. El gran desorden que existe en las relaciones interestatales se pondrá de manifiesto allí. Algunos estados no estarán demasiado dispuestos a participar en una conferencia a la que ha sido invitada la Rusia soviética. Y hay que observar que lo más difícil será hacer que Francia tome este nuevo camino. Hay que decir que Lloyd George se ha aplicado a este problema con tanto ahínco y energía como cuando, antaño, nos echó encima a los contrarrevolucionarios. Le costó mucho trabajo convencer a Briand de que aceptase participar en las negociaciones, y en respuesta a las objeciones de Briand pronunció un discurso que nuestra Rosta reprodujo íntegramente. [Rosta era el nombre de la agencia de noticias estatal soviética hasta la formación de Tass en 1925]. Dijo en este discurso: “Francia, al negociar, en la persona de Bouillon, con Turquía [Por el acuerdo establecido en octubre de 1921 entre Franklin-Bouillon y Kemal Francia rompió el frente unido anglo-francés contra la Turquía nacionalista], ha estrechado la mano del bandido del este, sin embargo, ahora hace muecas (no sé cuál fue la palabra real usada por Lloyd George, pero el significado era justamente ese) y se niega a estrechar la mano del bandido del norte”. Por el bandido del norte, Lloyd George se refiere, por supuesto, a nosotros. Como no nos preocupamos por la etiqueta, sino que se la dejamos a los mandarines de las delegaciones burguesas, estamos dispuestos a aceptar su poco halagadora descripción. También dijo: “Cuando vayáis a negociaciones internacionales, preparaos para lo peor y llevaos una pastilla de jabón desinfectante, porque tendréis que estrechar todo tipo de manos”. Se refería a las manos de los bandidos del norte y del este, pero, permítanme añadir, también de cualquier otro tipo. Siempre hemos tenido presente esta circunstancia en nuestras relaciones internacionales, y también llevamos jabón desinfectante en el bolsillo en tales ocasiones. Es difícil saber cómo acabó convenciendo Lloyd George a Briand, pero lo cierto es que el fiasco de Washington acabó con gran parte de la arrogancia de Francia, y Briand, a su regreso a París, percibió que la posición internacional de Francia se había vuelto mucho más difícil.

Finalmente, después de hacer un balance de ciertos activos (y las reservas de oro de Francia están lejos de ser brillantes) Briand informó a Lloyd George de que estaba de acuerdo en participar en las negociaciones. Se redactaron las condiciones de la invitación, que se publicaron oportunamente en todos nuestros periódicos (tal vez las recuerden ustedes, si en sus ratos libres leen los periódicos). Estas condiciones se reducen a que, en primer lugar, si queremos que los capitalistas extranjeros hagan negocios con nosotros, debemos garantizar la inviolabilidad del capital que se va a invertir en este comercio. Mientras existan capitalistas en el mundo, eso es absolutamente incuestionable, y los tratados deben cumplirse al cien por cien. Luego se habla, si no me equivoco (no es mi trabajo estudiar notas diplomáticas, eso es para otro departamento), de niveles de civilización, etcétera. Me parece que estamos bien preparados en ese sentido, y si nos reciben bien en Génova, no habrá malentendidos sobre civilización, y nos defenderemos. Luego hablan, utilizando algunas expresiones poco claras, de las antiguas deudas del estado y de las reclamaciones de los antiguos capitalistas. Dado que estas deudas son asuntos comerciales, será necesario discutir y negociar sobre ellas: cómo vamos a pagar, a quién, en qué plazo de tiempo, qué vamos a recibir a cambio, etcétera. Creo que dentro de estos límites no violaremos las leyes de la civilización. Parece, pues, que las negociaciones han comenzado bajo los augurios más favorables. El camarada Chicherin tenía algunas diferencias en cuanto al lugar de la conferencia: pero si ha de ser en Génova o en Londres es una cuestión de la técnica de los viajes de pasajeros, y puede llegarse a un acuerdo sobre este punto sin ninguna dificultad.

He mencionado que observamos lo que ocurre en otros países: seguimos la prensa y obtenemos información por todo tipo de medios, para no formar nuestra política a ciegas, y nos enteramos (no recuerdo ahora de qué fuente, pero es un hecho comprobado) de que, cuando Briand cedió a los argumentos de Lloyd George, dijo que todo estaba muy bien, pero que habría sido mejor que el cambio de política hacia la Rusia soviética hubiera ido acompañada de un cambio de comisarios, con la entrada de personas más afines a Francia. Personalmente, no sé quién de nosotros es más y quién menos afín a la *belle France*. Supongo que en Francia llevan dos listas de este tipo; pero la inestabilidad de la situación mundial se caracteriza mejor por el hecho de que antes de que estas personas más afines pudieran aparecer en escena, el propio autor de esta demanda había sido privado de su cartera y de su presidencia del gabinete francés². Las causas de su caída están, naturalmente, relacionadas con el hecho de que la Rusia soviética haya sido invitada a Génova. No dudamos de que, en Génova, repito, seguiremos discutiendo hasta llegar a los resultados más útiles, que fortalezcan el equilibrio mundial. Pero no es inútil observar que ciertos gobiernos pierden su equilibrio natural antes de acercarse a Génova, y esto no se aplica sólo a Francia.

A juzgar por las últimas noticias, se aplica a nuestros vecinos más próximos, como Rumania, donde se expresan dudas sobre si el gobierno de Take Ionesco, que se especializó en la más temeraria, criminal, insolente y deshonrosa provocación a la Rusia soviética, puede realmente mantenerse firme en un ambiente de negociaciones inminentes, incluso bajo el régimen burgués de Rumania. Pues no hay que olvidar que

en el mismo momento, quizás, en que nos llegaban radiotelegramas de Italia y Londres invitándonos a las negociaciones de Génova, seguían disparando desde el otro lado del Dniéster contra nuestros centinelas y pacíficos habitantes. En los últimos días balas traidoras han matado a uno de nuestros centinelas en el Dniéster, y también a una mujer. El gobierno de Take Ionesco, que abatió a tiros a un centinela soviético rojo y mató a una campesina de nuestra Ucrania de la margen derecha, está impulsado por un

² Briand dimite el 12 de abril de 1922, tras la Conferencia de Cannes, y es sustituido por Poincaré.

sentimiento de venganza por ventajas no realizadas: porque cuando la Federación Soviética se ofreció repetidamente a negociar con Rumania, en un momento en que nuestra situación, tanto interna como internacional, era mucho más difícil que ahora, Rumania habría podido sin duda llegar con nosotros a un acuerdo como el que nunca conseguirá en lo sucesivo.

Ahora, cuando nos han invitado a Génova, probablemente no sólo Rumanía, sino también algunos otros países, se convencerán de que la gratitud no es el sentimiento que guía la política de la diplomacia imperialista. Las potencias europeas, con Francia y Gran Bretaña a la cabeza, intentaron separar a toda la humanidad de nosotros, como de un foco de infección. Intentaron formar, a partir de seis estados (cinco de ellos desgajados de Rusia), de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y Rumania, una barrera impenetrable entre occidente y la Rusia soviética. Estos seis estados debían transformarse en seis lápidas colocadas sobre nosotros, sobre la Federación Soviética. Algunos de ellos cumplieron las órdenes de Francia con toda la energía de que eran capaces.

Polonia, en primer lugar, consideró que su servicio a Francia no quedaría sin recompensa. Rumanía pensaba lo mismo. Pero no hace falta ser profeta para decir esto: si conseguimos llegar a un acuerdo (y lo conseguiremos), todos los servicios prestados por Polonia, Rumania y Finlandia en la lucha contra nosotros (sus servicios en el bandidaje sangriento y el apoyo activo a la actividad contrarrevolucionaria de los guardias blancos) quedarán sin pagar. Las grandes potencias amortizarán todo eso y abrirán cuentas corrientes para sus nuevas relaciones con la Rusia soviética. En cualquier esfera de la política, y especialmente en la esfera internacional, la ingenuidad, rayana en la estupidez, la ingenuidad manchada de sangre, nunca es un factor que tienda a la victoria. Y los cálculos de los pequeños países de que sus pequeños golpes de bandidaje asestados a la Rusia soviética serían recompensados por las grandes potencias imperialistas cuando se hicieran finalmente las cuentas de la paz, constituyen una ingenuidad, una ingenuidad sangrienta, rayana en la estupidez. De ello no se deduce en absoluto, camaradas, que las grandes potencias ya no necesiten los servicios de los estados pequeños y medianos. No quería decir eso: está claro para todos, se deduce del desafortunado caso de Briand.

¿Qué nos depara el mañana, por ese lado? Aquí se pueden hacer dos tipos de predicciones. O bien los intentos del nuevo gobierno de librar una lucha despiadada contra la Rusia soviética, contra toda nuestra federación, naufragarán por la resistencia de Gran Bretaña, en primer lugar, y luego por la de Italia y otros países, y, tal vez, como nos gustaría esperar, por la resistencia indirecta de los Estados Unidos, y entonces el parlamento francés, después de haber aliviado su corazón derrocando a Briand, confiará a otro la tarea de llevar a cabo la propuesta de Lloyd George, y el sucesor de Briand será enviado a Génova para negociar con nosotros. Deseamos de todo corazón este resultado, porque esperamos que los participantes en la Conferencia de Génova aprendan algo y hagan avanzar la causa de una paz verdadera. Sin embargo, no es imposible que la caída de Briand signifique un cambio de rumbo en la política francesa. Una Francia que se ha sentido totalmente dependiente de una Gran Bretaña que comparte conscientemente su dominio del mundo con los Estados Unidos, una Francia que, después de la paz de Versalles, tenía mayoría para el llamado Bloque Nacional, y que es el estado más chovinista, más intransigente de toda Europa, puede, con un salto repentino, revivir la política de intervención militar agresiva contra la Rusia soviética. Y si uno pudiera medir las posibilidades históricas en cifras precisas, diría que nos enfrentamos a posibilidades iguales: 50% para un resultado, 50% para el otro. O bien Francia acude a Génova e incluso, tal vez, intenta cerrar el paso a Gran Bretaña llegando cuanto antes a un acuerdo con nosotros, para salvaguardar así sus propios intereses, o bien toma el camino de una nueva intervención, es decir, insta en esa dirección a los estados situados en nuestra

frontera del oeste. Existen argumentos a favor de ambos resultados, teóricamente ambos son igualmente probables y, siendo esto así, significa que tenemos que estar preparados para cualquiera de ellos: tanto para, esperemos, unas negociaciones diplomáticas exitosas en Génova como para un nuevo golpe de occidente.

La inquietud de los gobernantes de Bucarest, que temen ser arrojados a un lado como limones exprimidos, coincide plenamente con el malestar que sienten en Varsovia por la suerte de la agencia polaca del imperialismo francés. Por supuesto, deberíamos acoger con satisfacción la transformación de esta agencia en una agencia comercial para las relaciones con la federación soviética, ya que los industriales polacos, los comerciantes polacos, como intermediarios y agentes de la bolsa francesa, serían, por supuesto, si no más caros (esta palabra no es apropiada), al menos más útiles y aceptables para nosotros que los oficiales del estado mayor polaco que, con dinero francés, es decir, con dinero de la misma bolsa francesa, están armando a nuestros propios bandidos que han sido expulsados de la Rusia soviética.

Ustedes conocen la posición de Finlandia, que estuvo a punto de entrar en guerra con nosotros. Finlandia está luchando contra nosotros por el territorio de nuestra Carelia, que pertenece a nuestra federación, y lo está haciendo tan abiertamente que conocemos muy bien los nombres de todos los oficiales finlandeses que el alto mando finlandés ha enviado de permiso y que, después de cambiar sus nombres, están pasando ese permiso en Carelia, al frente de bandas armadas, disparando contra las unidades del Ejército Rojo y masacrando a los comunistas que encuentran desarmados. Finlandia ha sometido la cuestión de Carelia a la Sociedad de Naciones.

Todos ustedes saben qué es la Sociedad de Naciones es un dragón chino pintado que se supone que simboliza el derecho y otros imponderables. Recuerdo cómo el exministro francés Loucheur dijo (con gran ironía a costa nuestra) que, aunque ellos no reconocían a la república soviética, nosotros reconocíamos a su Consejo Supremo. [L. Loucheur fue ministro francés de las Regiones Liberadas y, más tarde, ministro de comercio con Poincaré].

Por supuesto, camaradas, reconocemos todo lo que existe. ¿Qué es el Consejo Supremo? El Consejo Supremo de los Aliados es un puño colectivo que se dirige, ante todo, contra nosotros, y reconocemos este puño, y nos da lo mismo cómo se llame en derecho internacional. Un puño es un puño. La Sociedad de Naciones es la sombra de ese puño, que ha intentado asumir un carácter superdemocrático, supercivilizado. Y hay algunos simplones, por no decirlo de otro modo, que rezan a esta sombra de otro puño, le ofrecen sacrificios, le dirigen peticiones, del modo en que lo ha hecho Finlandia. Demos a estos simplones por malogrados, y pasemos de largo. Quizá la vida les enseñe algo en los próximos meses y semanas.

Reconocemos el Consejo Económico Supremo y el Consejo Supremo de los Aliados, y reconocemos que ahora, con la ayuda de dios, se están descosiendo por todas las costuras. Este es el hecho básico de la política internacional. Lean los artículos que la prensa británica está escribiendo sobre la caída de Briand. Hablan en el tono que la gente utiliza en vísperas de un conflicto sangriento. Necesitamos, camaradas, tener en cuenta todas estas posibilidades, necesitamos mantener los ojos bien abiertos, escuchar con cierta agudeza: tener nuestra experiencia sobre nosotros y ser capaces de percibir tanto un puño como su sombra. Ese es el deber de todo diplomático serio.

La clase que ahora está en el poder en nuestro país comenzó su carrera histórica desde muy lejos, y en el curso de décadas avanzó, abriéndose camino a través de grandes dificultades y aprendiendo de sus errores. Es tarea de nuestro partido conocer esta lección colectiva, que ahora nos está prestando un gran servicio para encontrar nuestro camino en la situación internacional. Pero se trata de una preparación ideológica, que nos

acompaña en su totalidad y que no nos abandonará; también necesitamos, sin embargo, otro tipo de preparación, en caso de que Francia adopte una línea contra nosotros, preparación que no es ideológica sino material, y que equivale a esto: tener un Ejército Rojo sólido, fuerte y unido. El presidente os lo recordó al comienzo de la reunión, y de ello habló el IX Congreso de los Sóviets, que estaba sobre todo acaparado por la idea de salvaguardar la paz y el desarrollo económico.

Cuando uno pronuncia la palabra “paz” (no hemos inventado una palabra soviética diferente y clara) no se siente interiormente seguro de si debe pronunciarla o no, pues tantos han hablado de paz en el mundo, empezando por los Hohenzollern y sus enemigos, que entendían por paz nuevas conquistas depredadoras como resultado de la guerra. Pero nosotros, camaradas, no tenemos necesidad de convencernos mutuamente, todos conocemos bien el estado de ánimo de las masas obreras en las fábricas, todos conocemos muy bien el estado de ánimo de nuestro Ejército Rojo.

Nuestro ejército quiere la paz por encima de todo, y nos esforzamos, sobre todo, en alcanzar unas condiciones bajo las que podamos reducir el tamaño de nuestro ejército. Incluso nuestros enemigos, aquellos de entre ellos que tienen una gota de sentido común en la cabeza (los hay) comprenden que, dada una salvaguardia real de la paz, una posibilidad real de desarrollarse, de elevar el nivel cultural de nuestro devastado país, nos aplicaremos al trabajo económico pacífico con el mismo ardor con el que luchamos en los frentes.

Sin embargo, el IX Congreso de los Sóviets, al tiempo que se ocupaba por completo de la búsqueda de la paz, señalaba la necesidad de reforzar el Ejército Rojo. El intervalo entre el VIII y el IX Congreso de los Sóviets fue un prolongado período de desmovilización, contracción y reorganización del ejército. Toda nuestra atención se concentró en esta labor. El país buscaba obtener del ejército lo que necesitaba: la fábrica buscaba recibir sus hombres cualificados, el pueblo sus trabajadores robustos y adultos, el partido sus comunistas, los sindicatos sus ejecutivos, mientras que los órganos del estado buscaban recibir esos grandes y numerosos recursos materiales que habían estado a disposición de un ejército que contaba con 5.300.000 hombres. Este trabajo de contracción y debilitamiento del ejército había concluido por completo en la época del IX Congreso, y éste dijo: “Dejad de desmovilizar, dejad de contraer, y durante todo el invierno concentrad todos los esfuerzos en reforzar la capacidad de combate del Ejército Rojo. Y, con este fin, asegurar que tenga todo lo que necesita, al cien por cien”.

El camarada Lenin habló de ello en su discurso, se mencionó en la resolución sobre el informe acerca de la cuestión militar, los representantes dirigentes de todas las repúblicas soviéticas de nuestra federación hablaron de ello y, finalmente, en la declaración final de principios y en la resolución final, en las que se resumió todo el trabajo del IX Congreso, se dijo, clara y distintamente, que la primera tarea consistía en asegurar que el ejército dispusiera de todo lo necesario, al cien por cien.

Aunque, camaradas, nuestro estado soviético, dadas todas las dificultades con que se encuentra, no puede satisfacer siempre y en todas partes las necesidades del Ejército Rojo al cien por cien, en cualquier caso, en el IX Congreso surgió de nuestra conciencia colectiva la idea de un acercamiento más estrecho entre el poder soviético y el ejército, en el centro y en las localidades.

El ejército, que debía su nacimiento al colectivo de obreros y campesinos surgido del aparato soviético en Moscú, Petrogrado y las provincias, no cortó al principio el cordón umbilical que lo unía a los sóviets, pues los obreros soviéticos armados que se habían convertido en soldados del Ejército Rojo pensaban que en una semana o un mes volverían a sus trabajos.

Pero a medida que el Ejército Rojo vencía a sus enemigos y los alejaba cada vez más del centro, a medida que se alejaba del centro hacia las zonas fronterizas, se alejaba cada vez más de las fuentes y focos fundamentales de la fuerza soviética de los obreros y campesinos. Se separó de ellos, por supuesto, sólo en el sentido material, pues espiritualmente nunca perdió el contacto con ellos, al contrario, se inspiró en ellos, los defendió y por su defensa dio su vida y vertió su sangre.

Y ahora ha llegado un respiro, que esperamos sea muy largo, que quisiéramos (aunque no esperamos que dure para siempre) que nos permita devolver nuestras divisiones, baterías y batallones al centro, a los sóviets. Vemos cómo los sóviets, que enviaron el ejército al frente, se encuentran ahora con él de forma alterada: se ha regenerado y ha cambiado su posición, y aquellos obreros templados de Petrogrado y Moscú, que eran el elemento dirigente del mismo, constituyen ahora sólo una minoría en sus filas. Se trata de un ejército joven, compuesto en gran parte de material campesino en bruto, pero, al mismo tiempo, es un ejército debidamente organizado, un ejército con sus propias tradiciones de lucha revolucionaria, que, aunque no se remontan muy atrás en el tiempo, son ricas en contenido. El ejército regresa ahora a sus sóviets como aquel héroe de la antigüedad que bajó a la tierra para adquirir nuevas fuerzas.

Esta idea del patrocinio soviético, de un lazo organizativo y material muy estrecho entre sóviets y unidades del ejército, surgió entre nosotros casi en los últimos días, y ya ha conseguido echar brotes fuertes: ya tenemos divisiones que se enorgullecen de llevar el nombre del Sóviet de Moscú, divisiones que lucharán y, si es necesario, morirán bajo la bandera del Sóviet de Moscú.

En esta cuestión del patrocinio, el Sóviet de Moscú, como corresponde al centro del país, ha dado un ejemplo que ya está dando resultados en las localidades cada día que pasa. Los sóviets de distrito y locales ya están planteando la cuestión de transformar cada cuartel en un cómodo albergue para nuestros jóvenes ciudadanos armados con fusiles, en el que se les pueda enseñar y educar.

Un ejército es el arma material de todo poder dominante, pero en la sociedad burguesa se proclama que el ejército está al margen de la política. Nuestro ejército, sin embargo, no puede estar al margen de la política, al contrario, debe ser el arma consciente de la clase obrera. Cuando el ejército se sitúa al margen de la política, percibe el poder del estado como un principio que está por encima de él, que le es ajeno y que lo gobierna desde una altura inaccesible. El poder soviético, sin embargo, está al lado del Ejército Rojo, está hoy en esta sala: en todos los distritos, en las personas de los miembros de los sóviets, mujeres trabajadoras y campesinos, mira en los barracones, en las cocinas, ve si están limpios y aseados para la preparación de las escasas provisiones que el estado obrero y campesino puede reservar para el ejército.

Y nuestro joven del Ejército Rojo, que en 1917 era un joven, cuya mente fue despertada por primera vez por el trueno de la revolución de octubre, que fue al frente y luchó por el poder soviético ciegamente, desde el sentimiento, que vio en su aldea sólo los sóviets de aldea o *volost*, puede ver ahora, en las ciudades, lo que es realmente el poder soviético. Ve que el poder soviético es un trabajo armonioso y organizado, que el poder soviético no es algo externo a la población, sino que reside en la población misma, que el poder soviético, que defendió con las armas, es un poder que lucha por una nueva forma de vida y de política.

Creo que el Sóviet de Moscú llevará a cabo en el transcurso de todo el nuevo período un trabajo persistente y sostenido encaminado a acercarse al ejército. No hace mucho leí en un periódico que estamos atrasados en la esfera de la contabilidad y del trabajo económico sistemático. Es cierto, pero es algo que se puede corregir: les prometemos que aprenderemos y corregiremos nuestros errores. Durante este invierno

introduciremos el orden, y todo lo que ustedes entreguen al ejército en el curso de este invierno será asumido por un órgano mejor, y mejor organizado, del poder soviético. Durante el próximo año reeducaremos a fondo a nuestro ejército. Lo haremos plenamente consciente de nuestra política, cualesquiera que sean las perspectivas que aguardan a este ejército. Si la primavera nos trae la paz, le daremos la bienvenida. Si tenemos que luchar, lucharemos, y lucharemos hasta el final. No dudo (y con esto no pretendo ofender a otros sóviets) que los regimientos que han pasado por la escuela del Sóviet de Moscú ocuparán las primeras posiciones. No dudo de que las banderas rojas que veis en estos salones ondearán sobre los lugares más peligrosos de nuestros frentes. No dudo de que, defendiendo la Rusia soviética y su corazón, Moscú, estos regimientos darán su vida al grito de: “¡Viva el proletariado moscovita y el Sóviet de Moscú!”.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es